

REVISTA

DE SANIDAD MILITAR ESPAÑOLA Y EXTRANJERA.

Madrid 10 de Setiembre de 1865.

Circunstancias especiales obligan al que suscribe á cesar en la Direccion de la REVISTA DE SANIDAD MILITAR ESPAÑOLA Y EXTRANJERA, y á dejar, por ahora, de ser redactor de la misma. Ligado, sin embargo, á los objetos á que está consagrada esta publicacion, no solo por afecto al instituto á cuyos adelantamientos y buen nombre ha dirigido siempre sus tareas, sino tambien por deberes de amistad y de compañerismo á sus Redactores, á los lectores que le han favorecido con evidentes pruebas de simpatía, así como á los corresponsales que tanto en España como en el Extranjero han tenido á bien darle muestras inequívocas de amistosas deferencias, se propone, accediendo á los deseos de los Redactores, colaborar en la REVISTA en la forma que más convenga á los objetos á que se dedica esta publicacion.

JOSÉ MARÍA SANTUCHO.

Los Redactores de la REVISTA, respetando los motivos que han obligado á su querido amigo el Inspector de Sanidad militar, Sr. D. José María Santucho, á separarse de la Direccion que ha desempeñado durante veinte meses con tanto tino como dignidad, y de la Redaccion en que ha tomado una parte tan activa como inteligente, no pueden ménos de expresar aquí su gratitud por el tiempo en que les ha honrado con su ilustrada iniciativa, y el sincero y profundo afecto con que recordarán siempre su nombre. Agradecen tambien á tan distinguido Jefe la cariñosa condescendencia con que les ha ofrecido cooperar al objeto científico de la REVISTA con los escritos que le permitan sus numerosas ocupaciones, y el afan con que desea llevar á feliz término obras ha largo tiempo comenzadas y que serán sin duda de grande interés y de alta importancia para la historia y para la filosofía de la Medicina.

EPIDEMIA DE VIRUELAS SUFRIDA EN FERNANDO PÓO EN 1864.

III.

Poco despues de presentarse la enfermedad con alguna extension en Santa Isabel, principi6 tambien á aparecer entre los Bubis, sobre los cuales no tard6 mucho en cebarse con extraordinaria fuerza. A principios de Junio ya se encontraba en el pueblo de Banapá, de lo cual pude enterarme cuando la explosion epidémica en Santa Isabel motiv6 mi bajada de Santa Cecilia. Es regular que por aquel mismo tiempo se encontrase ya la viruela en el pueblo de Basilé, y tal vez en algunos otros comarcanos.

Son pocas las ideas que en general se tienen de estos sencillos habitantes del bosque, y una sola es hasta hoy la fuente de donde se pueden sacar algunas noticias auténticas. Esta fuente se encuentra en la Mision de los Rdos. Padres Jesuitas, y á ella he acudido, préviamente confiado en el buen éxito de mi empresa. El Rdo. P. Campillo, á cuyo simpático carácter, dulce trato y natural benevolencia nunca se le tributarán bastantes elogios, ha correspondido á mi solicitud de un modo altamente satisfactorio para mí, y me ha comunicado las únicas noticias y datos que poseo acerca de esta enfermedad en los pueblos Bubis. Son tanto más dignas de atencion las cortas noticias que expondré sobre este punto, cuanto que el P. Campillo, residente hace varios años en el bosque, en la casa mision de Banapá, junto al pueblo del mismo nombre, vive en trato continuo con los Bubis, conoce su idioma, ha presenciado en varios pueblos la epidemia de que se trata, y ha contribuido cuanto le ha sido posible al alivio de esta pública calamidad, ya por medio de sus prudentes consejos, ya prestando á los enfermos los auxilios materiales de que le era dado disponer. Siento que la especialidad de este trabajo no me permita consignar otros pormenores relativos á la vida laboriosa y ejemplar de este celoso misionero, que tantas simpatías se ha creado entre los indígenas, y cuya modestia se afectaria indudablemente si leyese estas líneas.

Los pueblos Bubis más inmediatos á Santa Isabel son Banapá, cuyo vecindario podrá calcularse en unas 300 almas, y Basilé que contará próximamente con el duplo ó sean unas 600. Ambos tienen la Bujubá, ó sea el sitio destinado al cultivo del ñame, hácia el Sud-Oeste de aquella ciudad, y no muy léjos de la misma. A estas heredades ó plantaciones, que constituyen uno de los principales ramos de la exigua riqueza bubí, acuden en temporadas fijas del año, y casi en masa, estos indígenas para dedicarse á las labores de siembra, cultivo de terreno y recoleccion, que exige su rudimentaria agricultura. Los habitantes de Banapá y Basilé se encontraban en su

respectiva Bujubá, cuando en la ciudad principiaron á generalizarse algun tanto las viruelas, las cuales bien pronto fueron comunicadas á los Bubis inmediatos, que segun se cree, sufrieron los primeros ataques encontrándose en la mencionada Bujubá. Regresaron á sus respectivos pueblos los de Banapá y Basilé, y la epidemia, que seguia sus mismos pasos, principió á ensañarse con ellos con extraordinario furor, extendiéndose sucesivamente por toda la isla, segun las noticias recibidas, y no perdonando ni uno solo de los numerosos pueblos que esta contiene.

Aterrados en sus mismos pueblos los Bubis de Banapá y Basilé, huyeron nuevamente de ellos en gran número, y volvieron á su respectiva Bujubá, en donde muchos fueron atacados de la enfermedad, falleciendo no pocos de ellos. El modo de vivir de los Bubis en sus casas bajas, estrechas y húmedas, que no merecen más nombre que el de chozas, su falta de comodidades, su absoluta ignorancia en materia de higiene, y la mezcla y apiñamiento en que estan en sus reducidas viviendas, son condiciones más que abonadas para que la epidemia encontrase cebo suficiente y ejerciese sobre ellos los más terribles estragos. Es por demás sabido que el abandono de la higiene es el principal alimento del contagio, y bajo este aspecto los Bubis estaban de antemano destinados á grandes sufrimientos. En los dos pueblos que llevo mencionados, y cuyo total de almas se ha computado en unas 900, se calcula el número de invasiones en unas dos terceras partes ó cerca, y el número de defunciones en un quinto próximamente de los atacados. Sin embargo, debe tenerse presente que estos datos estan basados en una prudente apreciacion, y no pueden por consiguiente aspirar á una exactitud matemática. La edad que ha pagado mayor tributo á la enfermedad y á la muerte, ha sido la de veinte á treinta años. El mal pareció elegir al principio el sexo masculino, pero despues se fué cambiando poco á poco la preferencia en favor del otro sexo; hasta el punto de creerse hoy casi igualmente maltratados. A mediados de Diciembre próximo pasado ya no se encontraba caso alguno de viruelas en Banapá; pero algunos dias despues podian verse aún dos casos de la misma enfermedad en Basilé, que tuve ocasion de reconocer por mí mismo, acompañado del P. Campillo, sin cuyo salvoconducto me hubiera sido imposible conseguir tal objeto. De los demás pueblos de la isla no tengo más que noticias muy vagas, si bien se sabe por los mismos Bubis que la epidemia ha hecho por todas partes notables estragos, y sacrificado numerosas víctimas. Los dos pueblos, Basupú del Este, de unas 800 almas, y Débola, de unas 1.000, no muy distantes ambos de Banapá, han sufrido segun se cree, proporcionalmente ménos que los otros, cuyo feliz resultado, parece debido á las medidas de incomunicacion que por sí mismos adoptaron

tan pronto como la epidemia principió á invadir su territorio. Esta ha presentado los distintos períodos de su marcha en Banapá y Basilé con algun retraso con respecto á Santa Isabel, lo cual explica perfectamente los pasos dados por el contagio. En esta ciudad se presentó el máximum epidémico desde últimos de Julio hasta igual fecha de Agosto, y en aquellos dos pueblos se repitió el mismo fenómeno desde mediados de este hasta igual fecha del siguiente Setiembre.

El plan puesto en práctica por los Bubis para curar las viruelas es el que expongo á continuacion. Al verse atacados de esta enfermedad, se untan todo el cuerpo con aceite de palma, ó bien se lo embadurnan con una masa blanda, de color purpurino algo oscuro, que lleva el nombre de *ntola*, y es muy usada entre ellos en estado de salud. Las mujeres, en particular, la emplean como un habitual y excelente cosmético. Entran como ingredientes en la composicion de esta masa las hojas de un arbusto, que llevan tambien por sí solas el precitado nombre de *ntola*, ceniza bien blanca, una tierra de color encarnado algo claro y aceite de palma. Para preparar esta masa untuosa tan estimada entre ellos y cuya operacion está confiada á las mujeres, muelen entre dos piedras por deslizamiento, como se muele á brazo el cacao, la hoja mojada en agua y cubierta de una ligera capa de ceniza; despues la mezclan con tierra, y por medio de una tercera operacion le incorporan el aceite de palma. A veces suprimen las hojas, ó sea la *ntola*, por creer que esta sustancia es demasiado fresca cuando la masa se ha de emplear para las viruelas. Despues suelen tomar, por espacio de varios dias seguidos, baños calientes, no por sumersion, sino por afusiones sobre todo el cuerpo. Tambien emplean á veces como tóxico las fricciones sobre las mismas pústulas con el jugo de pimientos picantes, préviamente machacados. Cuando las pústulas estan separadas, se las rompe generalmente una á una con el auxilio de una pua cualquiera. Su bebida ordinaria es el *tupí*, que otros llaman *topé*, comunmente mezclado con parte de aguardiente de caña. Se abstienen en general de beber agua fria. La alimentacion, que regulan por su apetito, se reduce á la que diariamente usan, al ñame y á varias yerbas cocidas, que segun su clase llaman *enchoja*, *tulipá* y *biinto*. El alimento que proporcionan estas yerbas es indudablemente poco sustancioso; pero puedo asegurar por experiencia, al ménos respecto á la primera de las tres clases mencionadas, que es una especie de ensalada sumamente suave y de sabor nada ingrato. Queda expuesto cuanto me ha sido posible llegar á saber respecto á la epidemia de viruelas entre los Bubis. He sido un simple relator de las noticias que se me han dado, y no creo se sepa mucho más hoy, al ménos públicamente, acerca de los indigenas de esta isla.

Volviendo á ocuparme de la epidemia en Santa Isabel, voy á consignar una particularidad que involuntariamente he pasado por alto, y que deseoso como estoy de que este trabajo lleve al ménos el sello de la verdad, ya que no cuento con otro mérito, no quiero dejar de exponer, si bien confieso de antemano que su indicacion hubiera tenido más oportuno lugar en otra parte. Cuando la epidemia se encontraba desenvolviéndose de un modo ostensible, el Sr. Gobernador general de la colonia dió orden verbal para que los encargados de la asistencia de la poblacion pudiesen disponer en favor de los pobres de los medicamentos más indispensables y ménos costosos, los cuales podrian extraerse por medio de receta de la botica del Hospital militar, con cargo á la mencionada autoridad. Así se hizo en efecto, conciliándose siempre en lo posible las necesidades presentes con las consideraciones de la más estricta economía.

LOPEZ NIETO.

(Se continuará.)



PRACTICA QUIRURGICA DE LOS MEDICOS MILITARES ESPAÑOLES

EN LA ULTIMA GUERRA DE MARRUECOS. (Continuacion.)

Complicacion de las heridas.

XI. *Amputaciones.* (Continuacion.) No trato de ocuparme de los preceptos tan prudentes como racionales encaminados á que seamos cautos en operar, que desde remotos tiempos dictaron los distinguidos cirujanos Arceo, Alvaro Nuñez, Daza Chacon y otros muchos que brillaron en nuestra patria: al presente voy á limitarme solo á la enseñanza que se daba respecto de la materia que me ocupa en el Real Colegio de Cirugía de Barcelona, destinado para los Cirujanos del Ejército, porque exponiendo las doctrinas profesadas en dicha escuela, no solo se resumen las clásicas en nuestro país, sino las actuales, puesto que ellas sirvieron de base á las seguidas por las generaciones médicas subsiguientes.

El Sr. Puig, encargado de la enseñanza quirúrgica del citado Colegio, ocupándose de este importante asunto, y en vista de la experiencia que adquirió en el Hospital general y militar de Barcelona, donde observó los malos resultados de las amputaciones y las portentosas curas de aquellos heridos tratados por la conservacion del miembro, dice: «Apoyado en una multitud de observaciones que nos ofreció el antiquísimo Hospital general de esta ciudad durante los veintidos años que estuvo á mi cuidado la cura-

cion de sus enfermos con el carácter de Cirujano mayor, tuve varios casos de fracturas farináceas y muy complicadas, que llegaron á una feliz curacion con los auxilios suaves que acostumbra emplear la Cirugía en semejantes estragos; y desde entónces concebí mucho horror á la amputacion de los miembros, á no ser en los casos de indispensable necesidad, que no son tan frecuentes como se ha pensado en algun tiempo; y con esta misma máxima me fui de primer Ayudante consultor á la expedicion de Argel, y de Cirujano mayor á la de América, y en una y en otra tuve ocasiones para apoyar mi dictámen.....» Respecto á las heridas articulares, dice: «Si hay destrozo dentro de la articulacion, ruptura de los ligamentos ó contusion á las extremidades de los huesos ó en sus epiphises, son circunstancias que cada una por sí puede ocasionar accidentes de mucho peligro; pero no deben ponerse en las clases de mortales, ni tampoco han de mirarse insuperables por el arte y la naturaleza, sujetándolas desde luego á los crueles efectos de una amputacion. Sabemos por los escritos de los primeros maestros de la antigüedad, que los golpes de fuego en estas partes son muy graves; pero tambien la observacion nos ha enseñado, que con una conducta juiciosa y un buen método se han curado muchísimas con feliz suceso: y estas curaciones con acierto nos hacen ver los prodigios de la naturaleza y cuánto ha adelantado la Cirugía en nuestro siglo á fin de salvar la vida á muchos millares de gentes y conservar los miembros del cuerpo hasta la última y más pequeña extremidad.... Considero que las fracturas farináceas y los golpes dados en las articulaciones, son las complicaciones más graves que pueden acontecer á estas heridas, porque á ellas siguen ordinariamente las excesivas tensiones, entumecimientos, dolores, fiebre, convulsiones, supuraciones grandes y tambien la gangrena; pero todos estos desórdenes son superables por el arte y la naturaleza sin haber de recurrir al extremo de una amputacion (1).»

Estas máximas fueron la norma de la Cirugía militar española en épocas posteriores, pues se ve á los individuos de nuestro Cuerpo, Velasco, Queraltó, Pelaez, Rui Tornero y otros seguir estos principios conservadores, como lo atestiguan sus notables é importantes obras, que sirvieron de luminosa guia en la guerra de nuestra Independencia, y en la civil de los siete años, pues el Dr. D. José María Santucho, que «dejó, segun el Sr. Mesa, tan halagüeña memoria en todos los ramos de la facultad en los ejércitos de Cataluña y del Norte (2),» manifiesta en uno de sus numerosos escritos, mi

(1) Obra citada, pág. 460 á 464.

(2) Véanse estas palabras en la pág. 256 del tomo V de la *Biblioteca Médico-Castrense-Española*.

aserto, al ocuparse de las amputaciones (1): «A pesar de estas ventajas, dice, no se crea recomiende yo siempre la amputacion en los casos en que podia conservarse el miembro, por solo ser medio más expedito para salvar al enfermo; pues aunque en algunas heridas de armas de fuego con fractura conminuta se hace necesaria aquella operacion, en sujetos que, si no hubiesen de trasladarse y corriendo inminentes riesgos, conservarían sus miembros, los profesores españoles, sobrado cautos en esta materia, hemos tenido la gloria de salvar muchas extremidades de un modo casi sorprendente. Este es el carácter de nuestra cirugía, y hemos hecho un deber en seguir las huellas que en la guerra de la Independencia nos trazaron veteranos profesores, que aún viven pobres y casi abandonados en premio de los servicios que entónces prestaron á su patria, así como imploran por las calles la caridad pública muchos militares, que tanto entónces como ahora no pudieron librar sus miembros del fatal cuchillo (2).»

Corroboran estos principios seguidos en la citada campaña las siguientes palabras que el Sr. Viceconsultor D. Sebastian de Mesa estampa sobre esta materia en su citada memoria: «No se crea que aún cuando refiero las principales operaciones que verificaron los profesores de la campaña pasada (1834 á 1840) se dejasen llevar del anhelo de operar, que no pocas veces han censurado algunos sin justo motivo. La necesidad solo nos obligó á mutilar un miembro y á ejecutar otras grandes y arriesgadas operaciones; y siempre hemos dado más importancia al trabajo intelectual de estas que al manual. Tengo muy presente la máxima de uno de mis sabios maestros, quien decia con mucha oportunidad: *El arte de curar es ante todas cosas el de conservar; y sus triunfos, brillantes hasta cierto punto, tienen siempre alguna cosa de triste y de lúgubre, cuando no llevan por trofeos sino miembros amputados y partes mutiladas* (3).»

La misma línea de conducta se ha seguido por los individuos de la Sanidad militar en las dolorosas escenas que han suscitado en medio de nuestras ciudades nuestras luchas políticas, dando siempre por resultado la muerte ó heridas considerables. La erudita memoria del ilustrado primer Ayudante médico D. Antonio Poblacion y Fernandez, encierra un número notable de historias de heridas con fracturas conminutas y lesiones profundas

(1) *Revista Médica de Cádiz*; tomo III (año 1841), art. «En qué casos el estupor local contraindica la amputacion de un miembro herido por arma de fuego?»

(2) Art. citado, pág. 204 del tomo expresado.

(3) «Reseña histórica de las principales operaciones quirúrgicas practicadas en los hospitales de campaña durante los siete años de la última guerra civil.» *Biblioteca Médico-Castrense-Española*; tomo V, pág. 247.

de las articulaciones tratadas por el método conservador, diciendo el citado autor: «De las trece observaciones consignadas, resulta que en nueve casos de fractura, casi todas conminutas, de las extremidades superiores, se definió la amputacion en todos, habiendo solamente sucumbido un enfermo; que de cuatro lesiones de igual clasificacion en las extremidades inferiores, fueron operados inmediatamente dos, y murieron; otro no amputado, se salvó; mientras que el cuarto tuvo buen éxito por medio de una mutilacion espontánea, perfeccionada luego por el arte. En virtud de estos resultados, no extraño que nuestros antiguos y célebres cirujanos tuviesen tan grande reparo en verificar amputaciones, apoyándose en su experiencia para hacerse partidarios de la cirugía conservadora. Yo bien conozco que las circunstancias de los heridos pocas veces se limitan á presentarse ante el cirujano de una manera franca; pero esto mismo hace mayor fuerza para que la prudencia nos aparte del camino trazado por los mutiladores y de la peligrosa senda que siguen los que todo lo esperan del cuchillo (1).»

En la guerra de Africa han dominado estos principios, y hubiera deseado consignar las observaciones notables recogidas en los hospitales durante la campaña, pero no lo han permitido motivos ajenos á este sitio; solo el Dr. Gorria, cuya ilustracion y bondad no tienen limites, me ha facilitado cuantas noticias le he pedido, acompañándolas con reflexiones dignas de su talento, diciendo entre otras cosas: «Fieles á los principios de la cirugía conservadora, no se han practicado más amputaciones que las absolutamente indispensables, habiéndose salvado muchos miembros que en el extranjero indefectiblemente se hubieran amputado.» Los siguientes datos son elocuente y persuasiva demostracion de estas líneas.

HOSPITALES MILITARES DE MALAGA. — NOTICIA de los heridos del Ejército de Africa que desde Noviembre de 1859 hasta Noviembre de 1860 ingresaron en ellos, y de los amputados y muertos por las heridas ó amputacion.

CLASES.	HERIDOS.	AMPUTADOS.	Muertos por heridas ó amputaciones.
Señores Oficiales. . .	56	»	3
Tropa.	1.616	3	44
TOTALES. . .	1.672	3	47

(1) «Memoria sobre el origen, vicisitudes de la terapéutica de las heridas, etc.» *Siglo médico*, tomo X, pág. 806.

Los tres fallecidos de la casilla Oficiales fueron: uno porque la herida de arma de fuego atravesó los intestinos; otro por herida de la misma clase con lesion de la arteria crural é implantacion del taco y bala en dicho vaso; y el tercero de una lesion profunda del hígado y aparato urinario causada por una caída en accion de guerra.

De los 44 muertos de la clase de tropa hay uno á consecuencia de la operacion, los demás por el cólera morbo, que complicó sus heridas. Málaga y Noviembre 30 de 1860.—El Jefe local de hospitales.—*Dr. Rafael Gorria.*

El malogrado D. José Merino Lopez, arrebatado prematuramente por una enfermedad aguda, tuvo la fina atencion de proporcionarme los siguientes datos de su jefatura.

NOTICIA de los heridos procedentes del Ejército de Africa ingresados desde Noviembre de 1859 hasta Octubre de 1860 en los hospitales militares del distrito de Andalucía, con expresion de los amputados y fallecidos por ambas causas.

MOTIVOS.	HOSPITALES.			TOTALES.
	Sevilla.	Cádiz.	Algeciras.	
Heridos.	123	1.385	740	2.248
Amputados.	2	21	2	25
Muertos.	10	127	37	174

NOTA. En los hospitales de Cádiz está comprendido el del Puerto de Santa María, y en el de Algeciras el de S. Roque. — Sevilla y Noviembre 30 de 1860. — El Jefe A. de Sanidad militar, *José Merino Lopez.*

No me ha sido posible obtener datos circunstanciados acerca de los hospitales de Céuta; más siendo el total de heridos de la campaña que ingresaron en los Hospitales militares, segun datos oficiales, 4.994, rebajando 3.920 de los admitidos en los citados establecimientos de Málaga y distrito de Sevilla, resultan 1.074 heridos para los hospitales de Céuta y Tetuan. De mis investigaciones se deduce que durante el período de la guerra de Africa se efectuaron ocho amputaciones en el primer punto, y en Tetuan de 5 heridos con fractura del fémur, 3 de la pierna y 4 del antebrazo, solo fueron amputados 2 de estos 12 por el Médico mayor D. Santiago García Vazquez.

De las cifras precedentes resulta que entre 4.994 heridos se amputan 38

y fallecen 221, la mayor parte del cólera morbo epidémico, según lo manifiesta el Dr. Gorria, en vista de los documentos oficiales de su Jefatura. Si se comparan estas sumas en proporción á las consignadas en diferentes publicaciones extranjeras, se notará desde luego un aumento relativo en ellas. El Dr. Scrive, Médico en jefe del ejército francés en Crimea, registra 45.044 heridos en dicha campaña, de los cuales fallecen 16.520, habiendo sido amputados 4.698 de 22.235 que presentaron heridas graves, pues 7.507 murieron en el campo de batalla y 15.284 presentaron heridas leves (1). El ejército inglés, según M. Macleod, cuenta en la misma guerra:

	HERIDOS.	AMPUTADOS.	MUERTOS.
Miembros superiores. . . .	1.237	145	24
— inferiores. . . .	2.198	187	166
	<hr/> 3.435 <hr/>	<hr/> 332 <hr/>	<hr/> 190 <hr/>

Sin embargo, en el informe presentado en 1858 al Parlamento inglés la cifra de los operados se eleva á 1.080, y la de los muertos á 510. No quiero ocuparme de la última guerra de Italia, porque las circunstancias que la dominaron hace difícil obtener datos exactos; por lo tanto es preciso aguardar nuevas publicaciones.

Se dirá que los marroquíes no usaban balas cilindro-cónicas, ni las armas modernas de los ejércitos europeos; que su artillería solo funcionó en una acción; pero á esto responderé, que si el tiro de las espingardas no es tan seguro como el de las carabinas rayadas, sin embargo, las balas esféricas lanzadas por dichas armas no dejan de causar lesiones profundas en los huesos que interesan, como lo han observado los franceses en Argelia, donde las huestes de Abd-el-Kader usaron las mismas armas y proyectiles, y no obstante, muchos fueron los soldados franceses que sufrieron amputaciones á consecuencia de las heridas causadas por los árabes, como lo atestiguan las estadísticas (2). En las guerras de la república y primer imperio de Francia y otras posteriores en varios países, cuando no se conocían las armas y proyectiles modernos, las heridas con lesión conminuta de los huesos y heridas penetrantes de las articulaciones movieron á establecer el axioma de amputar en estos casos, de modo que juzgo de poco valor la observación

(1) Obra citada, pág. 469 y 70.

(2) Como se verá mas adelante, según M. Bertherand, en el año 1857 se efectuaron en Africa 114 amputaciones.

que pudiera hacerse respecto á la clase de armas y proyectiles empleados por nuestros enemigos de Africa, siempre que ántes de esta guerra se usaban los mismos, y dominaban sin embargo los principios de la cirugía activa.

Mas no debe extrañar se busquen argucias para combatir á la conservadora, á la que se atribuye una impotencia radical para curar, pues se considera como el método espectante; se dice que siguiendo sus preceptos el cirujano *aguarda la muerte* del enfermo sin hacer nada. Esta es una vulgaridad tanto mas censurable, cuanto que los que la propalan son hombres de la ciencia, que deben conocer sus sistemas y doctrinas, siendo imposible hayan visto consignado en los anales de la cirugía el craso error que apasionadamente sostienen; pues son muchos, muchísimos los casos que registran aquellos de curaciones obtenidas sin necesidad de una operacion quirúrgica, que al pronto parecia el único remedio de salvacion; mas no por eso abandonaron al enfermo, sino favorecieron la fuerza medicatriz de la naturaleza, la que á veces sin los socorros del arte efectúa curas sorprendentes.

Yo he visto en 1848 heridas atroces en los moros de las kábilas marroquies que continuamente asediaban á Melilla, heridas producidas por cascós de bomba, granadas de mano y piedras lanzadas por los morteros: en ellas habia enormes fracturas, dislaceraciones considerables, articulaciones casi destruidas; á pesar de mis principios quirúrgicos opinaba por la amputacion, que no se aceptó: sin embargo, á muchos de estos heridos, que juzgaba muertos, los volví á ver en 1858 con brazos y piernas deformes, algunos habian perdido espontáneamente parte de sus miembros por la gangrena; pero vivian robustos y utilizaban las extremidades, aún cuando deformes. El Dr. Cabasse, Médico francés hecho prisionero por las huestes de Abdel-Kader, tuvo lugar de hacer iguales observaciones entre los argelinos, y manifiesta que careciendo de medios para operar, se limitó á combatir los accidentes que presentaban las heridas con fracturas conminutas, logrando curaciones inesperadas, lo que le hace decir: «Dificilmente hubiera obtenido resultados mas satisfactorios si hubiese hecho amputaciones que parecian indicadas segun los principios que habia aprendido en las obras de nuestros mejores cirujanos; opinando que en multitud de casos deberiamos modificar nuestra conducta, contando más con la naturaleza y amputando ménos (1).» M. Bertherand cuenta que «en 1840 el general Duvivier, comandante superior de Blidah, me suplicó visitase á un indigena que se hallaba herido por un proyectil en el muslo izquierdo. El hueso se hallaba fracturado en dos puntos cerca de la rodilla. La herida contaba varias semanas; el pus se extendia

(1) *Revue Médico-Chirurgicale*, 1848, pág. 184.

por todos lados; la articulacion tibio-femoral estaba enormemente hinchada. Propuse la amputacion, que se rechazó. Un tebib envolvió la herida en estopas mojadas en miel y polvoreadas con henné (1). El enfermo permaneció acostado en una mala estera, en un cuarto húmedo y con el olor infesto de una cura que ocupaba la extremidad. Al cabo de cuatro meses estaba curado con anquilosis y acortamiento del miembro (2).

Al referir estos hechos no es mi intento probar la inutilidad de las operaciones quirúrgicas, solo sí patentizar el poder de la naturaleza medicatriz, tan desatendido por el materialismo contemporáneo. Los que profesan los principios de la cirugía conservadora no pueden ménos de reconocer en nuestro organismo algo más que vísceras, flúidos, nervios, etc., al ver los portentosos fenómenos que se efectuan en nuestro ser. «Si la vida, dice Mr. Chauffard, asombra al sábio por la armonía infinita de sus actos; si el fisiólogo no percibe sin admirar el maravilloso encadenamiento de todas las funciones y su coordinacion en la unidad vital, la fuerza medicatriz no es ménos admirable, y todos los esfuerzos de los médicos serán pocos para penetrar el secreto de sus obras. La vida medicatriz atestigua, más que la vida normal, los nuevos recursos de la fuerza vital. Efectivamente, en la enfermedad tiene que desarrollarse y conservarse más, tiene que buscar las condiciones íntimas de su ejercicio, que desprenderse de los ataques afectivos, que volver á tomar por una série de esfuerzos su marcha alterada y recobrar su fin regular y trastornado accidentalmente. Así sus actos revisten entónces un nuevo vigor, y se concentran en una sinergia anormal y viva, que prueba cuán inherente le es el objeto á que ella tiende, cuán verdadera y esencial es su ley. La vida parece adquirir todavía facultades superiores cuando reacciona, y se hace capaz de presentir la gravedad de la obra que llena; teme entónces tal operacion vital que en otras circunstancias efectua sin vacilar (3).» La cirugía conservadora, basada en el poder de las fuerzas vitales, no se precipita en mutilar, sino en favorecer los actos de la naturaleza medicatriz.

Así, pues, es una inculpacion que debe rechazarse enérgicamente la que atribuye á la cirugía conservadora la indiferencia y contemplacion pasiva del enfermo. Limitándome á las heridas con fracturas, lós que profesan es-

(1) *Henna* en árabe, que es el *Lawsonia* de Linneo, empleando estos pueblos la corteza del *Lawsonia hirsuta* para hacer emplastos madurativos, y del *regina* utilizan sus simientes como narcóticas, y las hojas y cortezas como purgantes, usando las moras el cocimiento del *inermis* para teñirse las uñas y bordes de los párpados.

(2) *Des pansements des plaies*; Strasbourg, 1851, pág. 42.

(3) *Principes de Pathologie générale*, pág. 449.

tos principios extraen las esquiras libres, sitúan lo mejor posible las adheridas, regularizan la solución de continuidad, cohiben las hemorragias, colocan el miembro en un aparato apropiado, combaten los síntomas que aparecen en el curso de la enfermedad, sostienen las fuerzas del enfermo, etc. ¿Obrar así es aguardar la muerte y ser espectador pasivo del sufrimiento? No: esta conducta es la de un verdadero médico que, conocedor de su sagrado deber, ayuda á la naturaleza, mas no trastorna sus actos. «La cirugía conservadora, dice el ilustrado Dr. Alquié, no consiste en rechazar toda clase de operaciones; de este modo sería la más perjudicial de las aplicaciones médicas..... Restringir la utilidad de las operaciones no es renunciar á ellas, sino emplearlas lo ménos posible: es también limitar la necesidad de las operaciones mayores en pro de otras más sencillas: la necesidad de las que sacrifican nuestras partes, en favor de otras que permiten conservarlas; por último, es sustituir á las sustracciones considerables de los tejidos ú órganos, separaciones mucho ménos extensas (1).» Estos son los principios de la cirugía conservadora y no los que le imputan sus enemigos, que disminuyen de día en día, pues se nota una tendencia notable á la conservación de las partes, como lo prueban los escritos y discusiones académicas al presente.

El Sr. Baron Hipólito Larrey, que en 1851 recomendaba la cirugía activa, en 1859 mandaba á sus subordinados de Sanidad militar el método conservador, como lo indican estas palabras de Mr. Sonrier impugnando este sistema: «Obedeciendo, dice, los consejos del Cirujano en jefe del Ejército, engañado seguramente por las estadísticas de consolidación, muy aduladoras y dadas como definitivas, etc. (2).» La Real Academia de Medicina de Bélgica se ha ocupado varias veces en poco tiempo de este asunto, habiendo dicho en una de estas ocasiones Mr. Marinus: «Hubo un tiempo, no muy lejano, en que la cirugía consistía principalmente en el arte de operar, de curar destruyendo, de quitar las partes heridas y sustituyendo así á la enfermedad una mutilación ó una deformidad. Hoy la cirugía tiende á restringir tanto como le es posible esas operaciones extremas, á hacerlas inútiles, en una palabra, á ser conservadora. Se conviene que hay infinitamente más mérito y más ventaja para el enfermo en curarlo sin recurrir á la operación, que en mostrar su talento operatorio amputando un miembro con agilidad y destreza (3).»

Mr. Burggrave, profesor de la Universidad de Gante, decia en la misma

(1) *Chirurgie conservatrice*; Montpellier, 1850, pág. 167.

(2) Obra citada, pág. 98.

(3) *Bulletin de l'Académie de Médecine de Belgique*; tomo XIII, 1.³ série, pág. 95.

sociedad el 26 de Mayo de 1760: «Hoy se cura más que se corta, y para llegar á este resultado, ha sido bastante acordarse que la naturaleza, esta buena madre de que nuestro honorable compañero Mr. Seutin, se ha hecho aquí un apologista desinteresado, tiene recursos infinitos, siempre que no se la contrarie.» Después de combatir la tendencia de hacer de las amputaciones una panacea, y decir que el *bálsamo de acero es con frecuencia muy ineficaz*, termina manifestando que la cirugía conservadora «requiere esfuerzos á la altura de los peligros que debe correr el herido, y cuyo precio será la conservacion del miembro.»

Uno de los individuos de la Sanidad militar belga, el ilustrado Mr. Decaisne, decia en la misma ocasion: «Otras veces el cirujano se atenia al manual operatorio; las contraindicaciones le preocupaban medianamente; el gran negocio consistia en probar que se operaba con rapidez y elegancia. Por el contrario, en el estado actual de la cirugía las amputaciones son la excepcion, y la regla la conservacion de los miembros.» Este mismo autor en una obra premiada que trata acerca de los medios de evitar las amputaciones y resecciones huesosas, dice: «No puede desconocerse que en nuestra época la cirugía tiende á restringir las amputaciones y hacerse conservadora, la vemos esforzarse por evitar las mutilaciones. Hoy que la habilidad manual es más general, y que una amputacion no interesa ya á los discipulos como ántes, el gran talento del cirujano consiste en curar al enfermo sin recurrir á las grandes operaciones. Con razon se mira la privacion de un miembro como un mal infinitamente mayor que la rigidez ó la anquilosis, que embaraza ó paraliza las funciones.» No es menos explícito el Dr. Seutin al decir: «La cirugía conservadora no establece otras reglas ni leyes que la de conservar las más veces posible y no amputar sino con reserva y austeridad, cuando está bien reconocido que es imposible salvar el miembro, y es evidente se compromete la vida si se abstiene uno de ello. Algun dia se comprenderá que la amputacion es el acto más sério del cirujano, que no se mutilan los hombres con tanta facilidad y tan poca reflexion como se da un lancetazo. Se comprenderá que es preferible salvar el todo, ó al ménos una gran parte, y evitar los mil peligros de la operacion de la que debe resultar la deformidad de la parte. Todo anuncia el desarrollo progresivo de esta tendencia de la cirugía conservadora; es una nueva era que aparece y nos hace entrever en un próximo porvenir la cirugía humana casi sin armas (1).» Estos deseos de Mr. Seutin no se refieren á nosotros, que siempre hemos permanecido fieles á los mencionados principios.

(1) *De l'abus des amputations*; Bruxelles, 1860, pág. 54.

Para probar á los enemigos de la cirugía conservadora cuán infundados son sus argumentos y lo que exageran las ventajas de las amputaciones, es preciso investigar si en esta operacion no hay peligros. Ya he demostrado con la estadística que las causas de la mortalidad en los amputados son la infeccion purulenta, la podredumbre nosocomial, la gangrena, la hemorragia, la diarrea crónica, la inflamacion erisipelatosa, la osteomilites, etc. Se observa además otro accidente, por lo comun muy grave, y que hasta ahora no puede explicarse satisfactoriamente; tal es un estado convulsivo, á veces ligero, precursor de la muerte, que sigue á una amputacion muy bien ejecutada, que nada la contraindicaba y en pacientes exentos de otra enfermedad que la que motivaba la operacion. En 1848 tuve lugar de presenciarse un hecho de esta clase en el Hospital militar de Melilla, en union de mi compañero D. Eduardo Cañizares. Amputaron por el tercio superior el muslo derecho á un confinado, que presentaba en dicho miembro dos heridas por armas de fuego; terminada la operacion y colocado el apósito, fué acometido de movimientos convulsivos el lado derecho de la cara del enfermo, que espiró al momento. El Dr. Appia ocupándose de esta materia cree que: «Nada puede explicar estas muertes, sino la extremada pérdida nerviosa favorecida por la denudacion de un gran espesor de carnes. Parece que el flúido vital se escapa por la extensa abertura hecha al organismo, de ahí la importancia de cerrar la herida lo más pronto y herméticamente posible. ¿En la explicacion de este hecho enigmático, se podrá tener en cuenta la pérdida de calórico? El Dr. Santucho, en un escrito tan filosófico como práctico, explica las causas de estas muertes por los trastornos de la circulacion é inervacion, que pueden resumirse en este periodo de dicho trabajo: «La separacion, dice, del todo ó parte de un miembro es operacion grave, y solo debe practicarse en casos de absoluta necesidad. Disminuir, digámoslo así, la esfera de la vida, sustrayendo á su influencia una porcion de tejidos, privando á estos de sus funciones y al individuo del goce de ellas, es su más próximo resultado. Fácilmente se comprenden los trastornos que la circulacion, la inervacion misma, la respiracion deben sufrir, y en su consecuencia los demás actos de la vida etc. (1).»

La razon y la experiencia han demostrado tambien la falsedad de la idea sustentada por los defensores de las amputaciones, de que por su medio una herida complicada se convierte en sencilla. Mr. Velpeau, cuya reputacion quirúrgica es tan justa, decia el 12 de Setiembre de 1848 en la Academia

(1) «Sobre la causa inmediata de la muerte á consecuencia de las amputaciones, y medios más á propósito para evitarlas. Por D. José María Santucho.» *Revista médica de Cádiz*; 1840, tomo II, pág. 446.

de Medicina de París: «Una de las razones principales que se hacen valer en favor de la amputacion es esta; que se sustituye con una herida simple una contusa, complicada con esquirlas, etc.; pero la herida que resulta de una amputacion no es una herida simple, está léjos de serlo y es una muy complicada. La resistencia vital se halla ménos amenazada por una herida grave con conservacion de la continuidad que cuando esta continuidad está interrumpida. Además en las amputaciones se presenta un peligro muy grande, y es la infeccion purulenta. Las más veces los heridos mueren de erisipela, supuracion profunda ó piohemia. Estè último accidente figura por más de la mitad. Así es que estoy muy distante de creer haya más probabilidades de evitar esta infeccion amputando que conservando el miembro.» De esta opinion participan los prácticos más distinguidos de nuestros dias, que no pueden ménos de confesar los peligros de una operacion tan grave, en vista de la enseñanza clinica, que pone de manifesto las consecuencias fatidicas de las mutilaciones. Mr. Seutin, impresionado con estos hechos, exclama en la Academia de Medicina de Bélgica: «Parecerá que con la amputacion no hay que temer ningun accidente, que se obtiené con prontitud una hermosa cicatriz por primera intencion, en una palabra que todo marcha á pedir de boca. Desengañaos, señores, todos estos accidentes son tanto más de temer despues de una amputacion inmediata que tratándose de conservar el miembro.» El Dr. Appia, á pesar de ser partidario de las amputaciones, no puede ménos de confesar los graves accidentes consecutivos de dicha operacion, diciendo: «En todos los casos estos hechos demuestran que hay peligros en la amputacion que solo la experiencia ha podido patentizar, y sobre los que no debemos ilusionarnos.» Si las respetables autoridades que acabo de citar no bastan para convencer á los contrarios, tal vez lo consigan estas cifras. Mr. Alquié analizando la estadistica de varios cirujanos notables, ha llegado á reunir 1104 amputaciones, curándose 609 y muriendo 502, por lo que dice: «Hay pocas operaciones quirúrgicas que sean más mortíferas que la amputacion en casos de herida (1).» Poggio.

(Se continuará.)

REVISTA EXTRANJERA.

REAL SOCIEDAD DE MEDICINA Y CIRUGIA DE LONDRES.

Aplicacion de la sutura de los huesos en las fracturas por armas de fuego, por Benjamin Howard, Ayudante de Cirugía del Ejército de los Estados Unidos.

En la sesion del 27 de Junio del presente año ha presentado á esta So-

(1) Obra citada, pág. 203.

ciudad el doctor Howard una estadística del gran número de amputaciones que ha hecho, necesarias en las fracturas de las extremidades el inevitable transporte de los heridos del campo de batalla á los hospitales. Tan desastrosos resultados son debidos sin duda al movimiento de los extremos fracturados, y á la violenta inflamacion que producen las esquirlas en las partes adyacentes, la que se aumenta con la constriccion de los vendajes y aparatos colocados para sostener la coaptacion. A pesar de los más cuidadosos esfuerzos, dicha inflamacion ha sobrevenido frecuentemente durante el transporte y destruido toda esperanza de salvar el miembro y á veces la vida del paciente.

La reseccion de las puntas de los huesos largos y la extraccion de las esquirlas aisladas no llenaban el objeto, y los extremos del hueso quedaban separados. En 1865 el autor en una comunicacion dirigida al Cirujano general del ejército de los Estados-Unidos, proponia un plan para el tratamiento de las fracturas del húmero por armas de fuego, con el objeto de obviar los inconvenientes referidos cuando la operacion podia practicarse. Este tratamiento consiste en una incision en el sitio correspondiente de la fractura, ó bien agrandar la herida cuando la hay, extraer todas las esquirlas y cualesquiera otros cuerpos extraños, hacer una seccion limpia de los extremos fracturados en sentido oblicuo, procurando que se correspondan para asegurar la buena superposicion en la menor extension posible.

Los extremos se sujetan de una manera firme con dos suturas de alambre, se aproximan los labios de la herida y se aplica una férula con un simple vendaje contentivo, para que la herida pueda quedar expuesta á las aplicaciones repetidas de agua fria.

Los principales puntos de la operacion son evitar que la pérdida de hueso sea la menor posible, y especialmente del periostio; introducir las dos suturas pasando solo por la porcion cortical de cada extremo, y tan cerca como sea posible en la misma linea del diámetro del hueso, para prevenir todo movimiento de rotacion. Las suturas hechas con alambre de hierro recocado, ó mejor quizás con el de laton, se cortan con más facilidad, ó bien colocar los extremos en la herida de manera que puedan retorcerse sucesivamente, ayudando á la naturaleza por su natural expulsion.

Las ventajas de este método son: ausencia de toda causa de irritacion, seguridad completa de una buena y constante coaptacion.

El autor refiere varios casos en que su método ha tenido un éxito feliz, manifiesta que una vez ha sido ejecutado en una fractura del fémur, y presenta varios diagramas ilustrando los principales puntos de su escrito. Objetándole el Dr. Mason que la operacion era además de difícil, bastante larga en su ejecucion, dijo que efectivamente era difícil de practicar sin ayudantes,

que habia hecho una en cinco minutos, pero que en general creia que la operacion necesitaba de veinte á treinta minutos para ser ejecutada.

The Lancet, 5 Agosto de 1863.

BIBLIOGRAFIA.

ANALISIS DE LA MEMORIA ESCRITA POR LOS DOCTORES WEIX MITCHELL MOREHOUSE Y KEEN, sobre las heridas y otras lesiones de los nervios determinadas por armas de fuego. (*Journal de l' Anatomie et de la Physiologie*, núm. 4, año 1863.) — (CONCLUSION.)

En lo relativo á las *lesiones de las sensaciones* indican los autores que la aparicion de la sensibilidad ántes que la del movimiento se explica: 1.º por la reparacion más rápida de los nervios sensitivos, y 2.º por las siguientes ingeniosas razones. El ejercicio constante de una funcion debilitada, es indispensable para su restablecimiento completo; pues bien, el movimiento exige siempre una accion distinta de la voluntad, y es con muchisima frecuencia doloroso en las heridas de los nervios, miéntras que el sentido del tacto está en uso constantemente, y es, por decirlo así, automático. Todo objeto que toca la piel es un estímulo para su actividad, y lo mismo sucede cuando el tacto está debilitado, en cuyo caso la piel está sometida entónces á rudas y desacostumbradas irritaciones.

El dolor quemante, tan á menudo mencionado en las observaciones de los autores, es diferente de las neuralgias, que son bastante comunes despues de las heridas de los nervios. Esta sensacion de calor quemante la describen extensamente como lo exige su importancia, tanto para el enfermo como para el médico, siendo un síntoma que ellos consignaron ántes que nadie. Su asiento está en la piel, casi siempre en la de las manos ó en la de los piés, y precede en general á los curiosos cambios de la nutricion del tegumento y de las articulaciones. Muchas veces la acompañaba la hiperestesia, y era tan pronunciada que los enfermos no permitian tocar las partes ni áun aproximarse á ellas. Cada contacto, sobre todo si el dedo estaba seco, era un verdadero tormento, no solo cuando se tocaban las partes enfermas, sino tambien las más lejanas, hasta el punto que algunos enfermos vertian agua en sus botas, á fin de disminuir el roce seco de los piés, y en otras ocasiones pedian con insistencia la amputacion.

En lo relativo á la cuestion de saber si este dolor tenia su asiento en las partes heridas para sentirse en las extremidades nerviosas de las manos, etc., ó si lo tenia realmente en las mismas partes doloridas, los autores dicen

(p. 105): « Si la sensacion de quemadura fuese una sensacion que se refiriera á otro punto, se la observaria en los casos de una division completa de los nervios, y por consiguiente en las partes desprovistas de sensacion tactil; pero no han encontrado tales casos. Por una parte la sensacion de quemadura se acompaña muchas veces de hyperestesia, miéntras que el movimiento y el tacto pueden permanecer integros. ¿No es probable que la alteracion de nutricion, generalmente tan notable en la piel tumefacta, pueda determinar una enfermedad de las fibras terminales de los nervios sensitivos? Semejante dolor sobreviene cuando se lastima la piel con los irritantes, y añadimos que los remedios que disminuyen esta sensacion de quemadura, son los que se aplican en el sitio donde el dolor existe, y no los que se colocan encima de la cicatriz.»

Se han presentado dos casos de heridas de los nervios, en los que la perceptibilidad del dolor estaba disminuida ó abolida, miéntras que la perceptibilidad tactil era integra. Los autores añaden estos casos á otros hechos conocidos en apoyo de la teoría que admite que hay fibras y centros nerviosos distintos para el sentido del tacto y la sensacion del dolor.

La localizacion de las sensaciones de contacto ha sido modificada muchas veces. El enfermo referia la sensacion de contacto, no al punto verdaderamente tocado, sino á otro, y generalmente al de las regiones más inmediatas al sitio donde las sensaciones son habitualmente puras.

Este poder falta normalmente en el tercero, cuarto, y algunas veces quinto dedos en muchos individuos, y llaman la atencion sobre este curioso fenómeno, cuando el enfermo tiene la menor duda acerca del punto tactado. Las lesiones del movimiento son producidas: 1.º, por la parálisis muscular: 2.º, por las contracciones de los músculos: 3.º, por las alteraciones de las articulaciones. Las contracciones musculares nacen: 1.º, de la parálisis de los músculos oponentes: 2.º, de la alteracion orgánica muscular con acortamiento, consecuencia frecuente de la atrofia: 3.º, de la contraccion tónica sin atrofia.

Este último fenómeno se puede distinguir del segundo por su aparicion ménos tardía, la conservacion y aún el aumento de la propiedad de contraerse bajo la influencia de la electricidad y ausencia de la atrofia. El espasmo intenso no es raro en el momento de la herida, y de tiempo en tiempo se presentan casos en los cuales existen convulsioncillas en los músculos parcialmente paralizados, sobre todo cuando los enfermos intentan hacer movimientos voluntarios.

Las experiencias de los autores por medio de la electricidad, y su estudio de las parálisis, les han demostrado tambien que los movimientos graduados

armónicos y no con sacudidas, son resultado de una contraccion doble y simultánea de los músculos que ejecutan el movimiento, y de sus músculos antagonistas. Han notado no solamente que los movimientos bruscos de los músculos oponentes son consecuencia de la parálisis de uno de sus haces; sino tambien que si se procura hacer obrar los músculos paralizados, ya sea por la voluntad, ya por la electricidad, se contraen muchas veces los músculos antagonistas. Estan tambien de acuerdo con el Sr. Duchenne en la manera de considerar la accion de los músculos interóseos. Explican el ponerse gafa la mano, como se ve tan á menudo en las heridas de los nervios, por la accion combinada de los interóseos y del extensor comun de los dedos.

En cuanto al estado de la temperatura despues de las heridas de los nervios, los autores han tenido mucha dificultad en determinarla. Su única conclusion de los resultados obtenidos por medio de los discos-termo-eléctricos de Becquerel, es que en general la temperatura estaba baja, pero en cuatro casos de sensacion de quemadura era elevada.

El *diagnóstico* de las lesiones de la sensibilidad es bastante fácil, pero el de los trastornos del movimiento exige mucha atencion. El movimiento voluntario puede ser extinguido ó limitado por el dolor y la tumefaccion determinada por la herida; pero más tarde, despues de uno ó dos meses, sobrevienen muchas complicaciones como consecuencia de la presion de la cicatriz, de las afecciones secundarias de los nervios, de la atrofia, de las contracturas musculares, tanto de los músculos en que se distribuyen los nervios afectos como de sus antagonistas, complicaciones que exigen todas un exámen minucioso y atento.

En cuanto al *pronóstico*, el dolor si procede de un punto lejano y tiene la forma neurálgica puede durar aún mucho tiempo; si es quemante se le puede remediar por la aplicacion sucesiva de muchos vejigatorios. La sensibilidad tiene mas probabilidades de restablecerse que el movimiento. Se puede juzgar del grado de posibilidad del retorno del movimiento con alguna exactitud, sea voluntaria, sea bajo la influencia de la electricidad. En cualquiera época que esto suceda, se pueda presentar y dificultar poderosamente la curacion las lesiones de las articulaciones y la atrofia; sin embargo, en general se presentan lesiones en el curso de los tres primeros meses.

El medio curativo mas empleado ha sido la electrizacion. A propósito de esto, los autores elogian los métodos de Duchenne y estan de acuerdo con él en casi todos los puntos. Confirman desde luego la existencia de la persistencia de la voluntad en los músculos que no se contraen bajo el influjo de la electricidad. Añaden á sus observaciones que frecuentemente en estos casos

existe de un modo muy evidente la hyperestesia electro-muscular; titubean en aceptar el que la electrizacion no produce ningun beneficio, sino desde que han transcurrido algunos meses de enfermedad, cuya cuestion esperan decidir por medio de un estudio hecho expofeso. El uso de la electricidad para los músculos antagonistas en los casos de contracciones espasmódicas, no les permitió obtener resultado, puesto que ponía en accion los músculos afectos, los cuales estan sobreexcitados, ya sea por una accion refleja, ya directa. En los casos de contracciones espasmódicas de un músculo corto, han ensayado con mucho éxito el nuevo método de las inyecciones de atropina directamente en el cuerpo del músculo mismo.

En cuanto al dolor, si es neurálgico, las sanguijuelas y las inyecciones hipodérmicas de morfina parecen producir los mejores resultados. La sensacion de quemadura tan curiosa y tan molesta se ha mejorado pronto con la aplicacion de vejigatorios sobre vejigatorios, poniendo uno tan pronto como el otro se habia curado, siempre en el punto en donde tenia su asiento la sensacion y lo mas pronto posible despues de haberse iniciado el dolor. Han combatido las alteraciones nutritivas y las parálisis por la electrizacion aplicada durante mucho tiempo, por las duchas calientes y frias, los movimientos activos y pasivos, la malaxacion de los músculos y los ejercicios gimnásticos, al mismo tiempo que se emplee un tratamiento general por el opio y los tónicos, la quinina, el hierro, el aceite de higado de bacalao, el vino, etc.

Se ve que estos medios de tratamiento son sencillos y poco numerosos. Dos cosas son indispensables para su buen éxito, primera una apreciacion clara de lo que perjudica al movimiento, y segundo una perseverancia que no se detenga en el uso de los medios terapéuticos.

LOSADA.

ESTUDIOS BIOGRAFICO-BIBLIOGRAFICOS DE LA MEDICINA MILITAR ESPAÑOLA, por D. Miguel de la Plata y Marcos, primer Ayudante médico.

«Es tan poderosa la nobleza de la sangre y linaje, que casi compele y fuerza á usar bien de ella á los que la tienen, porque la memoria de los pasados no da lugar á los hijos para cosas bajas, sino que les despierta y anima á altas empresas y á adelantarse en virtudes.» Esto que decía el caballero Sessé de las familias ó casas, se aplica igualmente á las corporaciones, donde el hombre adquiere con los que le precedieron un parentesco moral poco ménos imperioso que el de la sangre.

Así las ciudades y provincias se glorian de los varones ilustres que en ellas vieron la primera luz: las escuelas y academias se honran de aquellos que, saliendo de sus aulas, llegaron en las ciencias ó en las letras á adquirir alto renombre: precianse las órdenes religiosas de los santos que á los altares

dieron; y blasonan los regimientos de los esforzados capitanes que en otro tiempo al combate les guiáran.

Y no es solo una estéril satisfaccion de la vanidad lo que así logra, sino que la consideracion de los altos hechos de sus predecesores representa al hombre la obligacion de imitarlos, y los reflejos de su gloria le infunden el brioso aliento de excederlos, acrecentándose de este modo su amor á la institucion que sigue, y su apego al hábito que trae.

Por eso es bueno que cada corporacion procure atesorar los más preciados recuerdos de su propia historia, como para la de Sanidad del Ejército lo ha hecho el Sr. D. Miguel de la Plata en la obra cuyo título encabeza estas líneas. Digna es de loa la conducta de este jóven profesor, que apénas admitido en el templo de la castrense medicina, se dirigió piadoso al panteon donde reposan nuestros predecesores, y despues de permanecer largo tiempo arrodillado ante sus recuerdos y envuelto en el polvo de sus pergaminos, se levanta hoy alzando sobre su cabeza para admiracion de los presentes, la obra de los ilustres médicos que á los tercios españoles asistieron en Túnez é Italia, en Berberia y en Flandes.

Daza Chacon, el médico que acompañó á Carlos V en Brabante, á Don Juan de Austria en Lepanto y á Felipe II en la cámara del desgraciado príncipe D. Carlos, aparece el primero en la galería que nos muestra el Sr. Plata. Siguele Perez de Herrera, portento de valor y de piedad, de erudicion é ingenio, médico y soldado, poeta y filósofo, estadista y filántropo, figura la más grandiosa de cuantas en nacion ni época alguna podrá presentar la Medicina militar: el que por su pericia estratégica apresó veinte bajeles holandeses, y por el esfuerzo de su brazo arrancó siete banderas al inglés, al holandés y al turco: el que supo dominar una epidemia en Cádiz y un motin en Barcelona: el que despues de todo esto se dió á pedir limosnas por las calles de la corte hasta juntar lo bastante para fabricar el Hospital general de Madrid: el que devorado de su amor al bien público, reclamó todas las reformas de un plan general de beneficencia, mereciendo el título de protector y procurador general de los pobres. Vienen en pos Llobera de Avila, que tambien siguió al César en sus galeras, y se halló con sus tropas en el saco de Túnez; Andrés de Leon, que sirvió á Felipe II en la guerra de Portugal, en la rebelion de los Moriscos y como proto-médico de la grande Armada: Quer, médico del regimiento de Soria en la toma de Oran, y mayor de hospitales en el sitio de Siracusa, que en Africa y en Italia aprovechó los ocios de la guerra para el estudio de las plantas; Canivell, el sabio amigo del conde de Aranda en los hospitales de Brest; Queraltó, esperanza de los heridos en Argel y en Buenos Aires y de los apestados en Andalucía; Morejon, médico de los defensores de nuestra independencía, gran historiador de la Medicina española; Capdevila, médico tambien de los guerreros que humillaron á las águilas francesas; y Codorniu, salvador del ejército de Ultramar, y fundador de la enseñanza gratuita en Méjico.

Estos diez ilustres varones han bastado para llenar el cuadro de los *Estudios bibliográficos*, pues aunque breve en número, fué su laboriosidad tanta que presentan al análisis de la posteridad más de setenta libros en latin ó en romance, en prosa ó en verso. Notable fecundidad en cualesquiera, y casi prodigiosa en quienes hubieron de pasar lo más y lo mejor de sus años entre el rumor de los campamentos y el estruendo de los combates, cuando no en las alcobas de los enfermos ó en las salas de los apestados.

El Sr. Plata ha rebuscado con infatigable empeño todos esos libros perdidos entre el polvo de los archivos y bibliotecas públicas ó privadas, y ha

examinado sus varias ediciones, teniendo la fortuna de ser el primero que para algunas rasga los velos espesos del olvido. El las ha meditado y analizado con prolijo esmero, extractándolas fielmente tomo por tomo, página por página, capítulo por capítulo, de suerte que quien sus *Estudios* leyere podrá tener la más cabal idea de la literatura médica militar española. Dificil por demás era este trabajo, el más importante que el autor se proponia; pero no vacilamos en decir que ha sabido llevarlo á cabo de la manera más cumplida.

Correcto en la dición, castizo en el habla, conciso unas veces, extenso otras en sus citas, segun que la importancia del asunto lo requiere, sus atinadas reflexiones é imparciales juicios hacen resaltar á los ojos del lector lo que más importante ofrece la doctrina. ¡Y cuántas que hoy parecen novedades en extraña lengua, desentierra el Sr. Plata olvidadas en la nuestra!

La prioridad en la ligadura de las arterias, la sobriedad en las desarticulaciones y extracción de balas, la repudiación del cuchillo candente y del aceite hirviendo en las heridas, el estudio del garrotillo, el conocimiento de la causa del pulso, el uso del mercurio, la exclusion del desbridamiento, la permanencia del primer apósito en las heridas por arma de fuego, así como la fundación de albergues para los pobres y cuarteles para los inválidos, timbres son que el Sr. Plata reivindica para los Daza y Herrera, Llobera y Queraltó, doliéndose con patriótico sentimiento de que no solo de los extraños, sino aún de los propios, sean tan poco conocidos y estimados. Achaque inherente al predominio que entre nosotros ha adquirido la literatura francesa, y merced al cual conocemos ántes las obras de Pareo que las de Herrera, las de Pringle que las de Queraltó, siendo como somos más versados en la Historia de Sprengel que en la de Morejon.

Libros como el que analizamos son los que han de remediar este daño, haciendo renacer en nueva encarnacion esos tesoros que escondidos guardan nuestras bibliotecas, escasos todos, rarísimos los más, próximos ya á su desaparicion algunos.

El Sr. de la Plata ha prestado un relevante servicio á la Medicina castrense española al escribir sus *Estudios bio-bibliográficos*, que no solo le honran á él, sino que honran tambien al Cuerpo á que pertenece y á cuyo lustre y esplendor se consagran; porque ellos son al paso que fuente de saber y epitome de erudicion extensa, piadoso homenaje rendido á nuestros predecesores, vindicación de la honra patria, ejecutoria de literaria nobleza para nuestro instituto, satisfaccion para los veteranos y estímulo para los jóvenes.

Damos, pues, el más sincero pláceme al Sr. de la Plata por la empresa que tan airosamente ha llevado á cabo, felicitándonos al mismo tiempo de que el Cuerpo de Sanidad del Ejército español, en que con orgullo, con amor y entusiasmo servimos, cuente con oficiales tan celosos de sus gloriosas tradiciones y tan aptos para continuarlas.

DR. LANDA.

Pamplona 8 de Agosto de 1865.

VARIEDADES.

Ha regresado á esta corte el Excmo. Sr. Director general del Cuerpo despues de haber inspeccionado detenidamente, y con la actividad que le es característica, todo el servicio militar sanitario de Valencia, Tarragona, Barce-

lona y Zaragoza, alcanzando la aprobacion unánime de las autoridades, tanto militares como civiles, de estas poblaciones. Bajo la constitucion médica reinante se sintió en Barcelona invadido de una indisposicion coleriforme, que hubiera podido llegar á ser de gravedad suma, á no habersele presentado franca y prontamente reaccion, á beneficio del tratamiento y de los cuidados que con solicitud afan prodigaron á S. E. nuestros compañeros de la capital del Principado. Tan luego como llegó á esta corte se ha encargado nuevamente del despacho de la Direccion, á pesar de no hallarse aún del todo restablecido de su dolencia.

MUERTE DEL SR. D. EUSEBIO GASCON.

En nuestro número anterior, y poseidos de justísima alegría, nos apresuramos á dar cuenta á nuestros lectores de la feliz llegada á la Habana del Médico mayor D. Eusebio Gascon y Vicente, que durante veintidos meses ha permanecido en triste cautiverio en poder de los dominicanos. Hoy, llenos de intensa amargura, tenemos que comunicar á nuestros lectores la infausta nueva de que aquel digno profesor, cuya abnegacion y cuyo ejemplar heroísmo han brillado tanto en la desgracia, ha sido arrebatado á sus amigos, á sus agradecidos compañeros de desdicha, á sus hermanos de profesion y de Cuerpo, y á sus admiradores, por una intermitente perniciosa. A continuacion insertamos la carta de nuestro celoso corresponsal y amigo el señor Andrés y Espala, en que nos participa tan desconsoladora noticia, y varios articulos de la prensa de la Habana, que expresan el sentimiento que ha causado esta inesperada muerte.

Sr. D. JOSÉ MARÍA SANTUCHO.—*Habana 10 de Agosto de 1865.*—Estimado jefe y querido amigo: Quince dias ha terminaba mi carta sobre la nostalgia con la grata nueva del feliz arribo á estas playas de nuestro desventurado compañero Gascon, muy ajeno en verdad de creer hubiera de trascurrir tan breve plazo en anunciarle la infausta noticia que hoy tengo el inmenso desconsuelo de participarle. El sin ventura Gascon no existe ya: veinté y dos meses de horrible prision quebrantaron su organismo de tal suerte, que solo su vigoroso temple de alma y sus nobles y levantados sentimientos le hicieron resistir las enfermedades que le agobiaron durante su cautiverio. Poseido intimamente de que le era preciso luchar sin tregua contra las causas de destruccion que minaban su existencia, su potente espíritu hizo acallar las manifestaciones morbosas que lo asediaban, y se consagró con fe á la honrosa mision que tan hidalgamente desempeñaba, captándose la admiracion y el respeto de los poco escrupulosos enemigos, que atónitos nosaban qué admirar más, si la sangre fria y desnudo con que solo y desarmado vencía las turbas cuando trataban de profanar el hospital, entregándose á lamentables excesos, ó la inteligencia y amorosa solicitud con que curaba á los enfermos, auxiliaba á los heridos, consolaba á los más cuitados, y sostenía el teson de los más fuertes, haciéndoles entrever en lontananza con la fuerza de persuasion que le caracterizaba el venturoso dia del rescate, cual limite próximo de sus prolongadas tribulaciones.

Las vivas simpatias y respetuosa adhesion de todas las clases de nuestro Ejército, participes del cautiverio de nuestro malogrado compañero, se han manifestado elocuentemente, tanto en el homenaje de cariño prestado al acompañar su cadáver al cementerio sin previa invitacion, como en los varios remitidos que han llenado las columnas de los periódicos de esta capi-

tal, anunciando en sentidos términos la sensible pérdida que el Cuerpo y el Ejército han experimentado en los momentos precisamente que sus numerosos amigos y agradecidos clientes pensaban haberle dado una prueba patente, tan delicada cuanto sencilla, de lo mucho que recordaban los beneficios recibidos en la ominosa prision.

Adjuntos remito á V. los articulos insertos sobre este triste suceso en el *Diario de la Marina*, publicacion de gran circulacion en la Isla; en la *Revista Militar*, periódico semanal en que con bien cortada pluma se narran á grandes trazos el heroismo y abnegacion de Gascon; y en la *Gaceta de Gobierno*, donde en un corto pero sentido articulo necrológico se bosquejan con maestría los grandes merecimientos de nuestro desgraciado amigo. En variedad de metros han venido algunas poesias á celebrar sus hechos, pero no guardando paragon su valor poético con la gravedad del asunto y el cariño que revelan al finado, hago caso omiso de ellas, agradeciendo siempre el sentimiento de respeto y de amor que impulsára á sus autores.

Extraño y providencial en verdad ha sido que el Médico mayor don Eusebio Gascon, que fue el único que, al tratarse en el mes de Setiembre de 1865 de evacuar el monton de ruinas, que ántes se llamaba Santiago de los Caballeros, aceptó gustoso el puesto de honor é inminente peligro de quedar cautivo voluntario, para cuidar y asistir á los que quedaron entre aquellos escombros, devorados por la fiebre ó heridos de tal gravedad, que no pudieron retirarse con la brigada que retornaba á Puerto-Plata, no llegára á cangearse hasta despues de haber evacuado la Isla nuestro Ejército, cuando ya los más de los enfermos y heridos confiados y entregados á su sollicita laboriosidad habian sido rescatados meses ha. Una série de coincidencias desgraciadas y de frustradas negociaciones dilató el momento de retornar al seno de sus amigos y compañeros que, impacientes, dudaban ya si lo volverian á ver, al arriarse nuestro glorioso pabellon de la alucinada torre del Homenaje en el cuartel de la Fuerza de Santo Domingo. Breves dias despues la goleta de guerra *Huelva* arribaba á esta capital, conduciendo á su bordo los últimos prisioneros y entre ellos á nuestro amigo, que al hollar gozoso las playas de Cuba el dia 28 de Julio, se hallaba muy distante de imaginar no habia de brillar para él la aurora del dia 2 de Agosto, pues al parecer ligeramente indispuerto el 30, no se recogió en cama hasta el dia siguiente, cuando se vió invadido de una terrible accesion de intermitente pernicioso, que se reprodujo despues de una breve remision, sin que fueran bastantes á neutralizar la violencia de la fiebre los enérgicos recursos á que se apelára y el bien combinado tratamiento con que sus más adictos compañeros intentaron domeñar la insidia de la fiebre. Todo fué en vano, y en breve exhaló su postrimer aliento. No parece sino que la Providencia, apiadada de los grandes sufrimientos que experimentar debiera en dos años de encierro y aislamiento, lo despojara del mortal barro, puesto que terminada ya su mision, y purificado el espiritu por el prolongado martirio que sufriera, se hallaba cual víctima propiciatoria y sin mancha, en disposicion de recibir la recompensa acordada al que no vacila en sacrificarse por sus semejantes, luciendo para su frente la auréola del martirio, ennoblecida por la resignacion, esmaltada por la modestia y arrullada por el suave murmullo que cual melancólica brisa forman al caer las lágrimas de los que tienen corazon para sentir los quilates de tan rara virtud y tan sublime heroísmo.

A pesar de la rapidez de la enfermedad, la noticia de su fallecimiento

circuló instantáneamente, y aún no hemos podido salir del estado de estupor que nos causó su anuncio por lo inesperado; sin embargo, como era un hecho triste y desconsolador, pero por desgracia irremediable, fué preciso cuidar de tributarle la última prueba de cariño, así es que todo el personal del Cuerpo residente aquí, tanto el superior como el de plana menor, se reunió en la casa del finado, cuyo cadáver fué colocado en un vistoso carro fúnebre, y seguido del Cuerpo, presidido por su digno Jefe, acompañándole tambien algunos que participaron de su prision, y otros que sin conocerle admiraban sus virtudes y lamentaban su triste fin, fué conducido á la última morada, donde despues de recibir las últimas preces de la Iglesia, fué depositado en un nicho, no sin que regáran sus contornos las lágrimas de sus compañeros, que recordarán su nombre con orgullo, su conducta como ejemplo, y su muerte como el supremo galardón reservado á los que, esclavos de su deber y de su honra, son cumplidamente remunerados por Aquel que anunció que su reino no era de este mundo.

Queda de V. S. S. Q. S. M. B. — G. ANDRÉS Y ESPALA.

El día 2 del corriente falleció el Médico mayor del Cuerpo de Sanidad militar D. Eusebio Gascon, recién llegado de Sto. Domingo, como uno de los últimos prisioneros que entregaron los dominicanos despues de la evacuación de aquella Isla por nuestras tropas.

Al retirarse las fuerzas españolas de Santiago de los Caballeros pocos dias despues de estallar la rebelion de aquellos naturales, Gascon, que se encontraba allí de Jefe facultativo local, quedó encargado de la asistencia de nuestros heridos y enfermos, prisioneros de un enemigo incivilizado, inhumano y feroz. Por espacio de veinte y dos meses permaneció en tan triste situación, sobrellevando con verdadera abnegación y heroico valor las privaciones, hasta la desnudez, el hambre y la sed, los insultos, las amenazas y las vejaciones; pues aún para ejercer su ministerio cerca de aquellos cabecillas iba con escolta como el último de los presidiarios.

Sufrió, sin embargo, con ánimo esforzado, resignación cristiana y hasta con virtuoso orgullo situación tan penosa, satisfecha su conciencia con el cumplimiento de un deber tan distinguido como importante y meritorio: eran una compensación para su alma noble y generosa los consuelos y buenos oficios que prodigaba á sus desgraciados compañeros de infortunio, á quienes no solo como médico aliviaba sus padecimientos, sino que, empleando su escaso peculio hasta consumirlo, ó interponiendo la influencia que con su ministerio alcanzó de varios de aquellos vecinos y algunos jefes de la rebelión á los cuales habia asistido en sus dolencias, pudo proporcionarles alimentos con que sostener sus ya casi exhaustas fuerzas, consiguiendo á menudo disminuirles los malos tratamientos y evitar alguna vez el que aquellos bárbaros realizasen en un momento de embriaguez ó salvaje fanatismo sus frecuentes amenazas de muerte.

La Providencia sin duda, que lo habia elegido para cumplir misión tan meritoria, y para que á su vez lo fuese de nuestros infortunados prisioneros, conservó su salud y sus fuerzas hasta el último momento, sin que ni un solo día interrumpiese sus rudas y laboriosas tareas. Mas apenas cumplida aquella, quedó tambien agotada su enérgica naturaleza, trabajada por tantas penalidades; y seis dias despues de su llegada á esta plaza, una fiebre pernicioso lo arrebató violentamente á su familia, amigos y compañeros, privando al Cuerpo de Sanidad militar de uno de sus más distinguidos miembros, y á la patria de uno de sus dignos servidores.

Este modesto y virtuoso profesor, víctima de su deber y de su amor patrio, por quienes sacrificó su bienestar y hasta su vida, se despojó al morir del uniforme que le exigió tan duros sacrificios; y su cadáver, en traje de paisano, seguido de todos sus compañeros, vestidos también de luto, fué conducido silenciosa y respetuosamente á su última morada. Porque aquel uniforme que durante su vida le impusó los severos y sagrados deberes militares, no le da derecho en su muerte á honra ni manifestacion alguna de distincion; porque aquel uniforme que lleva consigo la obligacion de arrostrar las fatigas y penalidades de los campamentos, que se mancha de sangre militar y frecuentemente de la propia en los campos de batalla, y que sufre todas las vicisitudes anejas al servicio militar, no puede ostentar la cruz que expresa la constancia militar; aunque, como Gascon, se lleve sin mancha más de veinticinco años; porque aquel uniforme, puesto sobre la muceta de doctor ó licenciado en ciencias, no es bastante á darle al que lo viste la prerogativa de recibirle sus atestados bajo su palabra de honor como á los demás Oficiales del Ejército. Y sin embargo, el Reglamento del Cuerpo al declarar á sus individuos el fuero militar y sujecion á la jurisdiccion castrense en los mismos términos que á los Jefes y Oficiales del Ejército, les otorga también así en tiempo de paz como en el de guerra iguales consideraciones, prerogativas, distinciones y demás ventajas concedidas ó que en adelante se concedan por la Ordenanza general del Ejército y Reales órdenes á los individuos de las clases militares á que se asimilen por sus empleos. Y aquellas distinciones de que se priva al Cuerpo de Sanidad militar, acaso porque no manda armas, las disfrutaban, no obstante, otras clases militares que tampoco mandan armas..... Pero si el Médico mayor D. Eusebio Gascon bajó al sepulcro sin el aparato ni honoríficas demostraciones á que sus merecimientos y patrióticos sacrificios le habian hecho acreedor, la tierra que lo cubre ha sido humedecida con las lágrimas de sus compañeros, como justo homenaje de admiracion y cariño rendido á sus relevantes virtudes y heroico comportamiento, cuyo recuerdo será un eterno blason de noble orgullo para el Cuerpo de Sanidad militar.

Habana y Agosto 8 de 1865. (De la *Gaceta de Gobierno*.)

Tenemos el sentimiento de lamentar el fallecimiento del Médico mayor del Cuerpo de Sanidad militar D. Eusebio Gascon y Vicente, llegado á esta capital el miércoles 28 del próximo pasado Julio en el vapor de guerra *Huelva*, procedente de la isla de Santo Domingo. Este bizarro y entendido Jefe de Sanidad militar se encontraba de Jefe local del hospital de Santiago de los Caballeros al estallar la revolucion en Agosto de 1865; su destino le imponia el imperioso deber de cuidar de la buena asistencia de los numerosos heridos y enfermos acumulados en el hospital de su cargo, y al efectuarse la evacuacion de aquella capital, la autoridad superior militar de la provincia del Cibao dispuso, á propuesta suya, se quedára con varios Oficiales del Cuerpo é individuos de plana menor, al frente del servicio sanitario que tan en justicia se debía á los infelices enfermos y sufridos heridos que pródigamente habian derramado su sangre por la honra de su patria, y á los que sin embargo fué necesario abandonar, porque su triste situacion no les permitia hacer las forzadas marchas que en su retirada á Puerto-Plata hicieron sus queridos compañeros de armas.

El Dr. Gascon se excedió en todos conceptos á lo que podia esperarse de su avanzada edad; su valor militar, cívico y profesional lo acreditó en innumerables ocasiones; su celo é inteligencia en el desempeño de su humanitario ministerio pueden decirlo por nosotros los muchos á quienes ha pro-

digado sus cuidadosos servicios para que hoy tengan el consuelo de estrechar entre sus brazos á sus amigos y mañana á sus familias. El infortunado Gascon ni este consuelo ha tenido, pues reducido á la condicion de prisionero desde el primer dia, sin que para nada se tuviera en cuenta su alta mision, su sagrado sacerdocio, perdió durante su largo cautiverio, no solo á su esposa, sino tambien á una sobrina que ocupaba para el desventurado matrimonio el lugar de una hija:

El Médico mayor Gascon en la lamentable guerra de Santo Domingo fué el primero en perder su libertad y el último en rescatarla. Apercebidos apenas de su llegada, tenemos que anunciar su muerte ocurrida en la tarde del dia 2 del corriente, á los pocos dias de su arribo á esta capital, á consecuencia de una fiebre intermitente perniciosa que le arrebató de entre sus compañeros en el corto periodo de veinticuatro horas, succediendo al placer de su libertad rescatada, el dolor de perderle para siempre.

Si hubiéramos de referir la abnegacion con que en diferentes veces arrojó el médico Gascon la ira desenfadada de la soldadesca rebelde, por salvar no solo la vida de los enfermos que á su cargo tenia, sino los efectos más indispensables para su curacion, sería necesario ocupar mayor espacio reseñando tantos hechos heroicos que le han conquistado el respeto de los enemigos y la gratitud y reconocimiento de sus compatriotas postrados en el lecho del dolor. Testigos presenciales de estos actos los refieren enalteciéndolos cual corresponde y hacen imperecedera su memoria.

Si en la mansion de los que ya no existen puede haber otra satisfaccion que la del descanso eterno, si hasta allí penetran los sentimientos mundanos, reciba el desventurado Gascon la sincera ofrenda del doloroso sentimiento que embarga el ánimo de sus compañeros de Cuerpo, enorgullecidos al propio tiempo con el ejemplo de abnegacion que lega á la historia, sellado con su muerte, cual si solo esperase á terminar su sagrada mision para recibir el premio de sus servicios de manos del Omnipotente.—(De la *Revista Militar*.)

Ayer fueron conducidos al cementerio de esta capital los restos mortales del Médico mayor D. Eusebio Gascon, que permaneció en penoso cautiverio por espacio de veintidos meses en Santiago de los Caballeros, consagrado á la asistencia de los prisioneros de nuestras filas, enfermos ó heridos. La abnegacion y el celo con que dicho señor se consagró á las rudas tareas de su difícil ministerio, le hicieron tan querido de nuestros soldados, como respetado de los enemigos, que admiraban su constante laboriosidad é inteligencia; pero el vigor de su naturaleza no pudo resistir impunemente las privaciones y peligros que por tan largo tiempo lo asediáran, así es que, cangado recientemente en Puerto Plata y trasladado á esta capital, exhaló su último suspiro en la tarde del dia 2 del actual, dejando una numerosa familia inconsolable y un vacío difícil de llenar en la corporacion á que ha enaltecido tanto con su valor como con sus poco comunes conocimientos y su inextinguible caridad. Todos los Jefes y Oficiales del cuerpo de Sanidad militar, poseidos del más profundo sentimiento, acompañaron el cadáver de su malogrado compañero en el dia de ayer en su traslacion al lugar del terrenal reposo.—(Del *Diario de la Marina*.)

Por lo no firmado, el Sr. de la Redaccion,
BONIFACIO MONTEJO.

Editor responsable, D. Juan Alvarez y Alvarez.
